

Celia Blanco

Con dos tacones

Las fantasías
sexuales de las
mujeres que dejaron
de soñar con ser
princesas



Las fantasías sexuales de las mujeres que dejaron de soñar con ser princesas. Cuando las mujeres dejamos de soñar con ser princesas, cuando ya no nos conformamos con los cuentos que hasta entonces nos han contado, empezamos a imaginar otros cuentos, más nuestros, más íntimos, a solas con nuestros deseos. Sin prejuicios, con dos tacones. En estas páginas sinceras y por momentos muy atrevidas, la periodista Celia Blanco ha reunido las historias que le han confesado, con todo lujo de detalles, mujeres de a pie, entre 18 y 75 años, que buscan gozar y disfrutar de sus encuentros sexuales. Orgías veraniegas, sexo con un desconocido en el vagón de un tren, amantes que solo miran, princesas que se dejan atar y desayunos clandestinos con chicos más jóvenes son solo algunos de los momentos de este libro dedicado enteramente al placer. Fantasías sexuales de todos los colores, para todos los gustos, que nos muestran lo que son capaces de imaginar las mujeres sobre el sexo cuando no tienen que rendir cuentas a nadie.

*A los hombres de mi vida, cuyas ausencias hicieron posible
la existencia de todos estos amantes.*

Agradecimientos

Enormemente agradecida a cada una de las mujeres que me dieron permiso para ser partícipe de las fantasías a las que recurren cuando no rinden cuentas con nadie más que consigo mismas.

Especial amor a las que lo hicieron sin importarles cuánto sabía yo de sus vidas y fueron capaces de no esconderme ni un solo detalle de lo que desean a solas.

Prólogo

CUANDO DEJAMOS DE SOÑAR CON SER PRINCESAS

Nos habíamos acostumbrado a pedir poquito y a conformarnos casi siempre con lo que teníamos o lo que nos tocaba en el reparto; compensando, como mucho, con todas las fantasías con las que pudiéramos endulzar nuestras vidas. Por muy mal que nos fuera, siempre podíamos abstraernos deseando el final feliz al que estábamos más que acostumbradas. Ese que recibíamos a través de los cuentos, películas y los dibujos animados. Las niñas buenas no solo iban al cielo, además terminaban en brazos de un príncipe azul. El hombre de nuestra vida.

Soñábamos con ser princesas.

Así, en general. Que era algo muy bonito y eterno.

Siempre había uno cerca. Nuestra década también tuvo su gran príncipe por obra y gracia de Hollywood, uno de verdad con el soñamos terminar abrazadas. Un Richard Gere que regresaba en nuestra búsqueda ascendiendo por la escalera de incendios, ramo de flores en ristre. Qué bien.

Hasta que cambiamos el cuento.

¿Princesas? ¿Para qué?

Nos transformamos en las protagonistas absolutas de nuestros mejores cuentos, esos en los que nos acostamos con quien nos da la santa gana, sin rendirle cuentas a nadie y sin ninguna necesidad de justificarnos. En vez de un prin-

cipe queremos dos. A veces hasta más de tres. Que nos vean, que nos aten, que se dejen atar. Que haya otras mujeres, que nuestros amantes sean más jóvenes.

Que elijamos y sepamos hasta los detalles más escabrosos de nuestra fantasía.

Perdimos interés por ser princesas.

Todas las historias que aparecen en este libro son las fantasías sexuales de un nutrido número de mujeres, que se reunieron conmigo a charlar abiertamente sobre lo que eran capaces de imaginar para recrear las mejores situaciones y encuentros sexuales. Esos que no llevan a cabo, justo los que no se cumplen. Solo es fantasía aquello que se imagina, que no se ejecuta, que no se hace realidad. Todas las mujeres tienen vida sexual y la mayoría la consideran como «buena». Cada una en su baremo, cada una en su vida.

Afortunadamente, también idealizan otras. Imaginan.

La mayoría reconoció que recurren a estas fantasías cuando se masturban o incluso cuando tienen sexo real. Otras, simplemente, lo hacen al final del día intentando conciliar el sueño, dejándose llevar por lo que les gustaría vivir, aun cuando no pongan el más mínimo interés en hacerlo realidad. Pueden imaginar que practican sexo en una orgía, pero no la buscarán en su vida real. Les gusta simplemente fantasear con la posibilidad de verse rodeadas de hombres y mujeres haciendo el amor con ellas. Saben qué pueden llegar a sentir y cómo quieren vivirlo en sus propias carnes.

Y todos esos detalles son los que yo he reunido en este libro. A través de muchas cenas, muchos cafés, muchos correos electrónicos y hasta más de un reencuentro. Mujeres entre dieciocho y setenta y cinco años que bien podrían ser la vecina del tercero, nuestra madre, nuestra mejor amiga e incluso nosotras mismas. Mujeres que quieren gozar y disfrutar de sus encuentros sexuales, fortuitos o repetidos, y que así lo describen.

Con todo lujo de detalles.

1

**CUANDO LOS PRÍNCIPES NO PEINAN CANAS,
MESAN LAS MÍAS**

Sentirse bella, apetecible y deseada son las tres premisas que cumple imaginarse con un amante más joven. Es la necesidad de parar el paso del tiempo y de mantener en la cama el vigor y la juventud que reporta carecer de arrugas, lucir golosas, apetecibles. Poder hacer el amor sin prisas o al menos invertir el suficiente tiempo para disfrutar del sexo tanto como merece. No hay mejor cura de juventud que tener a un amante más joven. Demi Moore se reconcilió con todas las mujeres del planeta el día que eligió a Ashton Kutcher como macho alfa a su lado, dieciséis años menor que ella, guapo, atlético y con pinta de hacerla inmensamente feliz, sobre todo en la cama. Lástima que al cumplir ella cincuenta, el treintañero de Asthon volviera a interesarse por las de su edad. Incluso más jóvenes. Y lo que pareció la prueba fehaciente de que también las mujeres podían tener amantes menores perdió fuelle para quedar relegada a la literatura, el cine, unas cuantas mujeres a las que se señala desde todos los frentes y, por supuesto, el delirio. Para Carmela la simple presencia de un desconocido, que además sea más joven, le gusta sencillamente por eso. Porque no es su marido y porque a su lado retrocede en el tiempo. Puede retroceder en el tiempo y creer que aún quedan muchos años por delante cuajados de buenas sesiones de ca-

ma: «Solo echo de menos la sorpresa. Esa que aparece cuando te metes en la cama las primeras veces, cuando no tienes una guía fija que seguir para alcanzar el éxtasis. Que no sepa qué va a ser lo siguiente que suceda. Con eso me conformo».

Imaginarse con un hombre más joven es la fantasía más repetida entre las mujeres entre cuarenta y sesenta años. Estamos acostumbrados a ver hombres que ya no cumplen los sesenta y cinco del brazo de guapas mujeres jóvenes. Si ocurre al contrario, tardamos poco en encontrar una justificación, casi siempre bastante cruel, a semejante emparejamiento. Por educación, la mayoría de mujeres no están preparadas para admitir que desean a un hombre joven, solo unas pocas pueden permitirselo. Por eso, muchas mujeres se lo conceden única y exclusivamente como quimera. Tener sexo con hombres más jóvenes es también la fantasía que más tiempo mantenemos. Conforme envejecemos, la perspectiva de la juventud varía. A una mujer de cuarenta años, un joven que no haya cumplido treinta le sigue pareciendo un crío. Cuando ella tenga sesenta, esa inmadurez se la adjudicará a uno de cuarenta. Sara tiene claro que «el elixir de la eterna juventud lo encontramos en la cama. No puedo evitar echar de menos cómo era el sexo hace diez, quince años, cuando daba igual que amaneciera sin haber dormido ni un minuto. Eso se pierde con la edad y seguro que yo soy la primera culpable por caer rendida después de un polvo que, con suerte, sobrepasa la media hora. Echo de menos eso y que puedan empeñarse en demostrarme su virilidad».

La cama es el lugar en el que nuestra desnudez no solo es física sino mental cuando no hay que rendir cuentas a nadie más que a una misma. Incluso si únicamente lo imaginamos. Las fantasías dejan de serlo cuando se llevan a cabo. Por eso, nos permitimos recrearlas siguiendo tan solo nuestras apetencias. Las situaciones imaginadas están cargadas de detalles en los que el hombre demuestra una y

otra vez lo mejor que puede reportar la juventud: picardía, desvergüenza y vigor. Y las mujeres que se ciñen a ella no quieren nada más. Para Ángela, la picardía de un niño le provoca demostrar que ella sabe más: «Me gusta esa osadía que tiene la juventud empeñada en demostrarte cuánto sabe. Me gusta creer que puedo darles sopas con honda, que una vieja como yo les puede enseñar mucho más de lo que ellos mismos creen saber sobre sexo. Es ese papel de maestra de sexo el que más me excita y por eso recurro a imaginarme situaciones en las que sorprendo a un chico joven. No puedo evitarlo, no es por sentirme aún joven; sin ellos lo soy. Es por canalizar parte del orgullo que todavía tengo por haber tenido una buena vida sexual. Me he acostado con quien he querido sin importarme demasiado que no fueran mis novios. Ahora lo que me divertiría es demostrarles que no saben tanto como ellos creen».

AVE Madrid-Barcelona

Sara imagina un amante más joven. Acostumbrada a trabajar rodeada de hombres a los que dirige en una empresa del sector turístico, por su vida pululan los suficientes como para que su fantasía sexual hubiera dejado de serlo. Bastaba haberse sentido atraída por alguno o haber aceptado las sugerencias de más de uno. Que las ha habido. Está divorciada y tiene dos hijos en edad adolescente. No tiene problemas económicos y vive en un barrio sin grandes estridencias, pero también sin grandes diferencias sociales. La relación con su exmarido es lo suficientemente cordial como para que Ana y Jacobo campen a sus anchas de una casa a otra saltándose cuanto régimen de visitas se estableciera. Para intentar cierta cordura, un fin de semana en casa de cada progenitor y la posibilidad de alargar la estancia previo aviso. La distancia entre ambas casas es de apenas un par de kilómetros. El instituto de los niños está a mitad de camino. Si Sara tiene que viajar o surge algún plan irrechazable, la vida de sus hijos no se complica en exceso. Y los niños se llevan bien con Cristina, la nueva mujer de su padre.

—Podría haber tenido aventuras con hombres más jóvenes, pero siempre las he tenido con hombres de mi edad. No mucho mayores, pero tampoco menores. Una nueva pareja no me apetece. Me he acostumbrado a vivir sola y a preocuparme de mis hijos nada más. Dentro de poco ni de

ellos. Me inquieta más dejar de vivir sin Ana y Jacobo que incorporar un nuevo miembro a nuestra familia.

Dos veces por semana, a veces tres, va al gimnasio a hacer ejercicio en clases guiadas y los fines de semana los invierte en quedar con amigos, cenar alguna noche fuera de casa y tomar una copa que no se alargue mucho. La mayoría de sus conocidos están también divorciados y algunos enfrascados en su segundo matrimonio. Fue fácil coordinar los fines de semana con los ex para tener todos los niños a la vez y coincidir también en los libres. Si alguien podría aparecer con un novio más joven, es ella. Pero Sara no quiere una relación estable y los hombres jóvenes no la atraen. Únicamente le interesan para imaginar que mantiene sexo con ellos. Lo bueno de las fantasías es que permiten recrear la aventura como mejor conviene; se desea amantes ideales. Y cuando Sara imagina a los suyos, los elige perfectos desconocidos. Por seguridad.

Sara viaja con frecuencia. Al menos una vez al mes duerme fuera de su casa y las ciudades en las que mantiene esas reuniones suelen ser grandes urbes de Francia, Reino Unido y España. Cuando va en el avión camino de Lille o en el AVE rumbo a Barcelona, analiza siempre cómo debe plantear el encuentro profesional y recrea con todo lujo de detalles cómo desearía que ese viaje no pasara desapercibido en su recuerdo. Le gusta elegir a su amante entre el resto de los pasajeros. Así tiene tiempo de observarlos lo suficiente como para hacerse una idea de lo que serían capaces de hacer juntos. Quiere un amante joven, desconocido y arrogante. Que se fije en ella en ese avión o tren en el que ambos viajan y que la siga hasta el hotel para saber dónde se hospeda. Todo fácil e irremediabilmente irreplicable.

—No tengo un patrón fijo para elegirlos —recalca Sara—. Simplemente me empeño en encontrar a mi próximo amante imaginario entre los que viajan en mi mismo vagón o avión. Me fijo en ellos, busco al que más me atrae y trato

de memorizar sus facciones, su tono de voz, su forma de hablar y construir las frases para poder fantasear más tarde. Algunos han conseguido que los imagine antes de que acabe el viaje. Y reconozco haberme excitado en un tren imaginando lo que me puede pasar con ese joven desconocido con el que me cruzo en el pasillo y que me parece guapo.

Su tren AVE salió a las siete y media de la mañana de la estación de Atocha y llegará a las once menos veinte a la de Sants, en Barcelona. Perfecto. Desde allí un taxi hasta Montigalá y reunión a las once y media con los responsables de zona. Prefiere desayunar en la cafetería del tren antes que levantarse aún más temprano y hacerlo en casa. Café con leche muy caliente y un *croissant*, aunque sea de bolsa. El tren va lleno; típico AVE de jueves por la mañana de personas que se citan en Barcelona para reuniones que nunca se alargan más de lo estrictamente necesario y que devuelven a todos a casa en el día. Sara aprovecha para reunirse también con los equipos francés y británico, pero eso será al día siguiente. Duerme en Barcelona y no regresa hasta el viernes a media tarde. Y toca fin de semana sin niños. Ana y Jacobo se han marcado un puente largo en casa de Pedro y su mujer, Cristina.

Sara supo reconducir su vida después de la ruptura con el padre de sus hijos. Tiene cuarenta y seis años, viste una talla 42, no es demasiado alta, pero lo disimula con zapatos cómodos de tacón para trabajar todo el día sin excesivos sufrimientos. Lo justo para sentirse un poco más alta, un poco más segura, pisando fuerte. Prefiere los trajes de chaqueta de pantalón para el día y los vestidos para salir. Solo se permite las estridencias en los complementos y jamás llamaría la atención con un escote. No es su estilo. Siempre le pareció mucho más excitante que le desabrocharan los botones de la camisa. Más incluso que se los arrancaran. No está acostumbrada a ser el centro de las miradas, a pesar de ser una mujer atractiva. Simplemente es de las que

hay que ver antes y deleitarse después, cuando ya caes en la cuenta de que no es del montón. Por mucho que haya que percatarse en un segundo vistazo. Por sí sola no llama la atención. Así se describe ella misma. Y parece sentirse cómoda en ese segundo plano en el que puede deslumbrar pero no destacar a la primera.

Tres vagones separan el vagón de Sara de la cafetería. La mayoría de los viajeros están enfrascados en sus ordenadores personales y algunos aún dormitan tratando de raspar unos minutos más de descanso. Esos trenes impersonales cargados de personas que ni se miran ni se hablan son los que le gustan a ella; le permiten observar a los que la acompañan durante el trayecto sin prestar atención a nada más que sus ocupaciones, iniciando la jornada laboral desde el mismo instante en el que suben al vagón que les corresponde. Cada uno a lo suyo, y Sara entre ellos. Eso piensa mientras atraviesa los tres vagones camino de la cafetería dejándose mecer por el vaivén propio del viaje sobre los raíles de alta velocidad. Hasta que lo ve. Él se limita a observarla desde que entra en el vagón hasta que sale de su campo de visión. Sin inmutarse. Sin girar la cabeza para dejar constancia de que la sigue con la mirada, pero manteniéndosela para que tampoco se le pase por alto. Sara se percata desde el principio. Bastan tres segundos de mirada certera para corroborar que la mira a ella, que mantienen un pulso visual. No lo reconoce y puede garantizar que no se han cruzado jamás. Es buena fisonomista y el hombre es lo suficientemente llamativo como para que lo hubiera reconocido si hubieran coincidido antes. Guapo, moreno. No más de treinta y con suerte. Lleva el pelo recogido en una coleta baja de la que se escapan algunos mechones que le caen por delante de los ojos y luce barba de un par de días. A Sara le extraña que la mire tan fijamente los escasos cuatro metros en los que coinciden de frente, él sentado en su plaza de ventanilla en una de las mesas de cuatro. Le sorprende y a la vez le gusta. A nadie le amarga un dulce.

Es excitante que un hombre quince años más joven demuestre interés hasta el punto de no disimularlo cuando pasa a su lado camino de la cafetería del AVE.

Siempre elige el mismo hotel, en el Born. Un apartotel que su madre detesta. «Mamá, cuesta una pasta. Solo que no sale en casi ninguna guía y, por supuesto, ninguna de tus amigas ha coleccionado las miniaturas del baño», le dice por teléfono cuando su madre se cerciora de nuevo que no le ha hecho caso en la elección de dónde dormir. «Un día te darán un disgusto, cuando vuelvas de cenar sola por la noche». Nunca entenderá por qué su madre se empeña en poner tanto énfasis en los malos augurios. Siempre pensando lo peor, lo más dramático. Así crío a Sara, intentando que fuera más temerosa de lo estrictamente necesario, recordándole los infortunios que podían sucederle si se salía un poco, aunque solo fuera un poco, del guión preestablecido. Sara lidió con todo el miedo que su madre pretendía insuflarle, saltándose a la torera muy discretamente todas y cada una de sus recomendaciones.

El Born parece haberse creado con un sinfín de recuerdos de los que han pasado por él. Se siente bien paseando sola por sus calles, atravesando Montcada y parándose apenas unos segundos en las puertas del Museo Picasso. Ha picado algo en los bares de alrededor y regresa de nuevo a su hospedaje por el que ha pasado hace unas horas a dejar la maleta antes de ir a engañar el hambre. No es miedosa. Está acostumbrada a esos días de trabajo y carreras en una ciudad ajena. Se nota ya el buen tiempo en Barcelona y no lleva más que su traje de pantalón gris marengo, una camisa blanca y una pañoleta en tonos berenjena comprada en un mercadillo de Spitalfields, en Londres. Lleva todo el día en pie; está agotada. Quiere llegar cuanto antes, ducharse y meterse en la cama. Mañana la cita es en la ciudad con los de Londres y Lille. Y a Madrid. El AVE sale a las seis de la tarde; llega para un vino en Rosell, esa taberna de su barrio que tanto le gusta.

—Si me invitas a la última, prometo no contarle a tu marido que te he conocido.

Sara se sobresalta. El Born está en penumbra y la arquitectura no ayuda a las sorpresas. Se da cuenta de que está sola en la calle y de que no ve apenas en la oscuridad. Las farolas emiten un halo amarillo de luz escaso. Casi todo son bultos a su alrededor, pero ninguno corresponde a un hombre, y la voz era masculina. Acelera el paso como si no hubiera escuchado nada con la esperanza de llegar cuanto antes al apartotel. En la calle, sus pasos rápidos retumban contra las paredes de piedra de los edificios, pero no son los únicos que se oyen. Detrás de ella, no demasiado cerca, resuenan otros amortiguados por unas suelas de goma. Sí, son pasos que van a su mismo ritmo. La están siguiendo. Intenta ir más deprisa, le duelen los pies después de quince horas en danza. Pero, por primera vez, está realmente asustada. Como si haber sorteado y burlado todas las recomendaciones de su madre fuera a pasarle una desagradable factura. Sara intenta que sus zancadas sean más amplias, que su paso se torne aún más seguro. Desea volar y llegar cuanto antes al *hall* del apartotel; necesita sentirse a salvo. No es una mujer especialmente valiente ni demasiado confiada; tampoco es de las que tiente a la suerte. Por un instante lamenta haber elegido de nuevo el apartotel de una callejuela del Born en vez de optar por vía Laietana, también en el barrio gótico y mucho más populosa que esas calles estrechas por las que intenta escapar de no sabe bien qué. Reconoce el miedo. Ha tensado todos los músculos y apretado los dientes. Su respiración se ha acelerado y se reconoce ansiosa, al borde del llanto. Los pasos siguen detrás, acelerando al mismo ritmo que ella. Quiere llegar a un lugar con gente, pero no encuentra a nadie a su paso. Es como si de repente la noche hubiera engullido a todos los posibles turistas que deberían estar en el barrio más bonito de Barcelona. El miedo se le anuda en la garganta y oprime su pecho. Sigue andando deprisa, ya es casi una ca-